

SUCINTO

por

Marcos-Rodríguez

¿Qué es un hombre rebelde?

Albert Camus

Alguna vez tuve una novela. Una primera novela; era linda y prolija. La había pasado a computadora e incluso la había impreso: trescientas y tantas de hojas. La puse en una carpeta de cartón y la mandé a un concurso. Yo era por entonces un escritor novato. Algunos me considerarán todavía un escritor novato, pero aunque no haya publicado nada, lo cierto es que llevo acumulados años de experiencia y pilas de papeles.

Si ahora escribo este prólogo, es porque varios colegas me manifestaron la necesidad de una explicación para esta obra. Que quede asentado que escribo antes de tener cualquier prospecto de publicación. Ésta es mi novela definitiva. Confieso que la razón por la que caí en esta tentación es el eterno deseo de darme a entender. Muchos no comprenderán esta obra. Soy consciente de estar iniciando una suerte de género y espero una cuota de incomprensión. Como ya dije, muchos me considerarán un escritor primerizo. Quisiera que esta introducción funcionara para desacreditar todo juicio en el que esa consideración opaque mi obra. Mucho la trabajé.

No recuerdo el nombre del concurso. Estaba organizado por una editorial; tengo el talonario de inscripción en algún lugar. Lo que importa es saber que no gané: mi ejemplar se quemó como tanta otra basura. Sí, me dolió en su momento; recuerdo que dolió mucho. Sé ahora que aquella novela no era más que una gran redundancia, pero entonces me parecía digna de, al menos, una mención. Cayó al olvido; para todos fue mejor así. En el mundo una basura menos; a mí me

enseñó mucho. Durante un tiempo estuve deprimido, es cierto. Intenté mandar el mismo borrador a otro concurso, pero tampoco saqué nada ahí. No insistí. Por algunos años dejé de escribir. Algo había muerto, todo salía de mí podrido y pronto no salió nada. Olvidé mis sueños y me dediqué a la vida. Fue en esta época en que tuve a mi hija (me había casado unos años antes) y avancé en la enseñanza hasta conseguir el cargo que aún conservo. Muchos me acusan de haberme enquistado en mi puesto pero alguna vez lo merecí. Yo era muy joven; hoy no podría emprender una nueva escalada.

Fue el día de nuestro octavo aniversario de matrimonio. Mi esposa editó algunos ejemplares de mi novela (ese manuscrito polvoriento que yo alguna vez le había mostrado) y, por medio de nuestra hija, me lo dio. Mi mujer sabía interpretarme mejor de lo que yo mismo podía y había visto en mí la insatisfacción que pronto sería tan terrible. Dudo que supiera de qué se trataba pero probablemente pensó que con aquel trozo de sueños olvidados podría resurgir en mí algo que ya hacía mucho estaba perdido. Yo le regalé un collar. Esa noche me acosté con el libro nuevo a la luz del velador. Leí la primera página y me sorprendió ver cuánto me habían cambiado algunos años de lecturas y prácticas. Pude ver que era una porquería. Sentí que podía funcionar en un rincón y otro, pero había que podar. Me eché a la misión de hacer de aquello algo digno de estar encerrado entre tapas duras.

Entonces empezó la corrección.

Lo primero que hice, además de acomodar los sutiles pero corrosivos errores sintácticos, fue eliminar tonos o párrafos de reflexión abierta y descarada. Había querido decir algo (siempre creí

que quería decir algo) y había ocupado capítulos enteros de disertaciones pseudo-filosóficas que no aportaban más que el eco de sí mismas. Al terminar esta primera corrección la sentí más ligera y llegué a pensar en volver a presentar la novela a un concurso. Pero una cosa y otra me distrajeran.

Algún tiempo después acometí la segunda corrección. A esta iba con más conciencia y paciencia y fui eliminando unas cuantas hojas. Corté una serie de secciones y eventos que, sin su aporte a aquellas disquisiciones, estaban en el aire. Pero también en lo lingüístico fui elaborando un poco más. Desarrollé diferentes cultismos latinizantes y eliminé cualquier rastro de neologismo o coloquialidad. En la tercera corrección esto se radicalizó: cuando le di el manuscrito a mi mujer, me dijo que no podía entender ni el primer párrafo. Entonces tuve que sofrenarme.

Al final de la cuarta versión, corregidos todos los desvíos, mi mujer me aconsejó, justo antes de irse con Cata, que presentara la obra a algún concurso. Estuve a punto de hacerlo; en ese momento estuve a punto de hacer muchas cosas. ¿Qué habría sido, entonces? Estoy convencido de que, en aquel momento, la novela hubiera ganado más de un premio. Pero yo conocía demasiado los rebordes de la corrección y sabía que, aunque todos alabaran mi obra, estaba plagada de errores.

Unos años después, cuando estuve sobrio, entré a una nueva corrección. El estilo en sus líneas generales estaba saldado hacia lo mínimo, me metí entonces con la trama. Al principio trabajé para evitar lugares comunes y giros baratos de la historia. Esto ya de por sí exigió mucho arreglo. Pero después me di cuenta de que muchas de las escenas que yo más apreciaba (descripciones inesperadas, diálogos fluyentes) eran, en esencia, irrelevantes al argumento; y las fui podando. Mi amigo me objetó que eran precisamente éstas las que daban tono a la obra. Un par de veces paseé por el texto y fui estilizándolo hasta que por fin logré una versión que me gustaba. Pero para entonces ya no era vanidoso, no

buscaba la gloria sino la tranquilidad. Así que reposó un poco más.

Cuando volví *sobre ella*, era una obra coherente; me consideraba contento. Pero cada lectura me dejaba un nuevo sabor amargo que no podía explicar. Hasta que lo entendí. Al empezar de nuevo el trabajo tuve siempre en mente que la intención de mi escrito no terminaba de ser clara. Trabajé sobre la esencia de la historia; a la trama le fui atenuando todas las desesperadas pantomimas, la hice más sugerente y profunda. Esto implicaba, por supuesto, cortar; valía la pena. Creo que fue entonces cuando empecé a introducir los blancos tipográficos. Al eliminar alguna parte estaba seguro de lo que hacía, pero a veces tenía la sensación de que el espacio que ocupaba aquello en la hoja servía. Y entonces lo dejé, primero una y después cien veces. Más tarde, los blancos pasaron a ocupar hojas enteras, a veces dos hojas seguidas. Todo tenía su sentido, su función.

Fui rediciéndolo. Cuando el conjunto ocupó setenta hojas, el ritmo de reducción se fue frenando. Tenía que elegir bien cuál palabra iba a sacar, pensarlo dos o tres veces. Siempre la sacaba e iba a la caza de alguna nueva. El argumento se fue volviendo esencial, mínimo, cada vez más corto y preciso. Ya nada ocurría sin una razón, ni un solo gesto, ni un solo giro. No se podría haber dicho ni de una sola de aquellas palabras que no estaba donde debía. Metía más, pero decía menos. Era mi obsesión.

Al final llegué a aquella versión que se parecía mucho a la presente. Había trabajado y dado vueltas alrededor de ella, girado y escurrido. Ya no podía apretarla más. El manuscrito contaba apenas con cincuenta hojas; en la número veinticinco decía en medio de la página (en tipo arial 20, lo recuerdo): "¡No!". El resto de las cuarenta y nueve eran la carátula, el índice y hojas enteramente en blanco. Luego lo reduje a un "No"; me pareció que el contexto lo enfatizaba lo suficiente. Por último, saqué el punto. Quedó como es ahora: "No". Más este prólogo serán algunas hojas más; ésta es la versión definitiva de mi trabajo.

No voy a explicar la obra, ella habla por sí misma. Tampoco quería arruinarles el final, así que les tengo que pedir, por favor, que lean esto después de haber leído lo demás.

Marcos Rodríguez es estudiante de Letras en la USAL y cursa el último año de la carrera.

LIBRERIAS de la Universidad

**Descuentos Especiales a Estudiantes, Docentes
y Empleados de la Universidad**

NOVELAS - ENSAYOS - ARTE - CIENCIA

**Rodríguez Peña 676
Hipólito Yrigoyen 2441
Buenos Aires**

Biblioteca Campus Pilar

DIRECCIONES ÚTILES

Secretaría General
Rodríguez Peña 764
Tel.: 4815-4826

Asuntos Estudiantiles
Rodríguez Peña 770, 1er piso
Tel.: 4815-4820

Oficina de Programas Internacionales de Intercambio
Rodríguez Peña 770, 1er piso
Tel.: 4814-5026

Biblioteca Central
Tte. Gral. J.D. Perón 1818
Tel.: 4371-0422